



La revista literaria parisiense, de nombre simpático, *Les humbles*, *Los humildes*, en su segundo cuaderno de la serie décima cuarta, correspondiente al mes de febrero de 1929, publicó el interesante relato novelesco: *Ma femme et ma forêt*. La escena, tomada admirablemente desde varios ángulos, se desarrolla en plena montaña costarricense.

Pequeña fantasía, la titula su autor. La considera, también, como el “diario, de un colono”.

¡En el corazón del París múltiple, en francés, aparece una novela cuyos personajes principales, a excepción de quien relata, son hijos legítimos de nuestra selva enigmática y, como ello, indomables, bravíos!

Georges Vidal se interna en las montañas meridionales de Costa Rica. Allí, hace vida completamente alejada de toda civilización engañosa y, como engañosa, nociva.

Allí conoce a Socorro. Es una india, mejor dicho, es una de las características cholitas del interior de nuestra república.

Tiene sólo dieciocho años. La curiosidad femenina la atrae al rancho de joven colono. Lava con cariño su ropa. Siempre que se le permita aspirar, con voluptuosidad, el humo sugerido de fantasías indecibles, de una pipa de barro de olla. Blanca, como la virginidad de la Morena Socorro.

El amor lo seduce sin saber cómo ni cuándo y, lo que es más interesante, sin buscarlo, sin quererlo, llegan a ser amantes.

Para ella, el amor se reduce a ese gesto precioso y rápido que convierte en madre a toda mujer normal, cuando concede sus encantos a la posesión íntima de un hombre, normal también. En ella no hay voluptuosidad alguna. No le es posible comprender el embrujo de un beso o de una caricia. Al amor no sabe entregar sino lo indispensable. Su cuerpo bien modelado y vibrante.

Ella, trae y concede al rancho solitario lo que, hasta entonces, este no posee. Un alma. Un espíritu de limpieza, de comodidad, de orden, de calor y de alegría.

Al decirnos cómo es de activa y de reservada la deliciosa Socorro, producto verdadero de nuestros bosques, Vidal nos va haciendo conocer las características de la raza enigmática a la que ella pertenece.

Nos pinta al viejo padre de la muchacha. A veces, actúa como médico. En ocasiones, hace de notario. En oportunidades, se siente sacerdote. Dirige la fiesta religiosa. Interviene en las ventas para eliminar las dificultades entre quienes pretenden engañar y quien no acepta ser burlado fácilmente. Las picaduras de las serpientes dejan de ser mortales cuando dedica algunas palabras mágicas robustecidas por brebajes amargos cuya fórmula sólo él conoce. Del abogado tiene la palabra fácil, la capacidad de hablar mucho y no decir nada, mediante el uso de términos cuyo significado, seguramente, él mismo desconoce.

Habla de la Honradez, sí con mayúscula. De Dios, el severo juez que sabe castigar a quien no puede ser honrado. Lo que no basta para que, en las horas confías de la noche, se distraiga robando, ahora, tiquizque y, luego, papayas.

El novelista nos habla de Angelina, la hermana mayor de Socorro, viuda desde muy joven. Despierta, el pasar, los deseos de cuantos varones a ella se acercan. Nos presenta a Cristina, la menor de las tres, quien, con facilidad suma, entrega los tesoros de su cuerpo adolescentes, sin que les conceda valor ardoroso.

Nos encanta, aquí, el relato de una “vela” que tanto sirve en un bautizo, como en un cumpleaños, como en un matrimonio, como en un funeral. Después de las oraciones, masculladas con mecánica monotonía, la danza, la bebida, la pelea.

En el fondo, un altar diminuto que sostiene una imagen más diminuta todavía rodeada de flores de papel, de cintas multicolores, de candelas que parpadean, como asustadas, al darse cuenta de las muchas faltas que se comenten en presencia del santo cómplice. Todo subrayado por las cadencias somnolientas de dos guitarras, que tiene la inaudita pretensión de sustituir a toda una orquesta, nada menos.

Hay, en la descripción, momentos trágicos. Definen, con fácil estilo, la honda psicología de Cristina. Por ella, por la posesión de su cuerpo, lucha, hasta desafiar la muerte dos hombres. Vuelve el vendedor. Hundida en su brazos, la mujer besa el rostro alterado por la pelea. Sus labios beben, enloquecidos por la pasión, la sangre hirviendo del asesino adorado.

En Cristina, como en Socorro, el novelista encuentra siempre lo que espera hallar: la eterna sinceridad que, en la mentira, pone, a toda hora, la mujer. Tanto la del trópico exuberante como la impúdica de la zona más o menos fría.

Con el anuncio del primer embarazo de Socorro le llega al joven la convicción de que ya es traicionado.

Poco a poco, todo lo que le rodea se hace extraño a sus ojos. No tardará mucho en ser odioso. En el íntimo de sus ser, despierta y se despereza a trazarse, en la mente siempre ágil, el sendero libertador.

El hijo nace. Cuando la luna llena ilumina los bosques con su claridad inquietante y tibia, abandona el rancho, en silencio. Como un malhechor.

Desde lo alto de una colina vuelve los ojos. Quiere acariciar, con la mirada agradecida, por última vez, aquella pequeña finca dormida cuyo próximo amanecer no ha de contemplar.

¡Hace frío adiós, pequeña Socorro, adiós!